

HUERTO Y VIDA

España, 1980

Siempre que, vuelto hacia mí, reculando en el tiempo, he querido llegar a lo más antiguo y más escondido de la memoria, a ese primer instante de conciencia animal pura que ha de ser, por lo visto, de donde arranque ya toda nuestra vida, desemboco invariablemente en una imagen muy simple: una rama de nisperero recortándose sobre un cielo azul. Eso es todo. ¿Qué hace ahí, en lo profundo, esa rama de árbol sin más ni más? Sabiéndome nacido en un huerto –Murcia, Huerto del Conde, en la Puerta de Orihuela, el 10 de octubre de 1910-, la verdad es que no puede parecerme demasiado extraño que mi primer recuerdo consista, precisamente, en unas cuantas hojas (esas hojas de nisperero, un tanto ríspidas, que sin dejar de ser vegetales parecen tener, por un lado, algo metálico, y por el otro, su reverso, algo aterciopelado); pero lo que me intriga de esta imagen no es lo que aparece, sino lo que no aparece en ella, lo que... *falta* en ella; y lo que falta, sorprendentemente, es... el yo, un yo que habitara y viviera esa imagen, ya que el hombre no suele recordar nada como no sea *recordándose* a sí propio en algún contacto, en algún comercio con los demás. Pero lo cierto es que aquí todavía no hay nadie, “personne”, no hay persona, sólo esa rama sin qué ni por qué, o sea, sin *argumento*, sin *sujeto*, incluso sin representar o simbolizar cosa alguna, en una especie de... *estar* puro, mondo y lirondo, como algunas de esas flores, rodeadas de vacío, que aparecen en las viejas pinturas chinas y japonesas. Se trata, pues, de *algo* –una imagen de algo- que ya me pertenece, de algo ya mío, pero sin mí, todavía sin mí. Claro que en ese fondo primero de la memoria han quedado aposentadas también otras imágenes (como unas manchas vívidas) en las que aparezco asomado por los bordes, en tal o cual escena borrosa con mis padres, o con mi madrina Lola y su cuñada Encarna, pero he sabido siempre muy bien que todas ellas son imágenes *posteriores* a ésta, tan fija y nítida, de la rama de nisperero; durante casi setenta años la he conservado, intacta, aunque ignorando su sentido o creyendo tontamente que no lo tenía, que era algo así como una especie de... *estampa*, la estampa plana de una visión *de* nadie y *sin* nadie, caída allí “per caso”, surgida allí por generación caprichosa, desligada de todo, gratuita, decorativa. Era, desde luego, un error; digamos, para empezar, que en la realidad no hay nada, no puede haber nunca nada... *decorativo*, es decir, vacío; y digamos, sobre todo, que en la realidad no puede darse cosa alguna -por neutra e inexpresiva que se presente- que además de ser ella (esa que aparece y permanece siendo) no venga a descubrirnos y a explicarnos *otra*. Sabemos que las cosas y los seres que buenamente logran salir, subir a la superficie de la realidad, no sólo vienen a ser eso que son, sino que vienen, quizá más aún que a ser, a... *decir*, a decirnos, a revelarnos significaciones, y no ya significaciones tuyas, sino de otras cosas y otros seres. Pero todo *eso otro* vendrá siempre dicho con una voz tan queda -es una voz, diríamos, de imagen, en una voz de metáfora-, en una voz que no es voz, sino *visión*, casi como una silenciosidad; se entiende, por lo tanto, que incluso un oído muy atento no acierte a veces a escucharla bien y podamos quedar, de pronto, tranquilamente aposentados en una estupidez que no nos correspondía, que no era nuestra, que no era nuestra -ya que todos podemos, quizá, disponer de una-, pues aquí se trata muy concretamente de esa estupidez de los listos, de los realistas, de los que piensan que el pan no es más que pan. La necia persistencia de mi sordera quizá se debió también, por lo menos en parte, a la desconfianza que me

inspirara desde el primer momento tanto *símbolo* artificial, falso, arbitrario, como nos traería, por ejemplo, el surrealismo. Desde 1928 (fecha de mi llegada a París, a los diecisiete años, donde topara por vez primera con unas *pinturas* de Max Ernst y unos *escritos* de André Bretón) hasta 1935, por lo menos, y aún después, la verdad es que yo no podía oír hablar sin disgusto de... “oscuros significados”, de “magia”, de “belleza convulsiva” -que me parecía más bien una enfermedad-, de lo “maravilloso”, de lo “alucinante”, porque cuando se hablaba de todo eso ya sabía qué plato iban a servirme. A esta imagen de la rama de nisperero sobre un cielo azul yo no quería, porque me gustaba así como era, echarle nada encima que la pudiera alterar, emborronar, pero tampoco le arrancaba nada. La había conservado siempre, pero la había inmovilizado. Porque, claro está, las significaciones y los símbolos existen; y no es sólo que existan algunas veces y en algunas cosas, sino que existen siempre y en todo. Sí, todo lo que existe viene ya, independientemente de su ser, con una significación... dispuesta de antemano, aunque sin dejarse ver ni oír del todo. Hay, pues, que... respetar, esperar y, desde luego, *callarnos* lo más posible. Hoy, a sesenta y siete o sesenta y ocho años de distancia, me ha parecido entrever y entreoír que esa pasmada imagen de unas hojas era, sencillamente como un pequeño y fresco *anticipo* del lugar, del sitio exacto de mi nacimiento; un lugar, un sitio, un punto que parecía, de una manera tan incontestable, ser él -y lo era-; precisamente *siéndolo* es como *decía* ser, también, otra cosa. Este punto único y solo se encuentra aquí, es *aquí*, pero se encuentra aquí *representando* la totalidad del mundo real. Yo no puedo estar dentro, aparecer dentro de esa imagen, porque esa imagen no es una imagen, sino la realidad directa y viviente misma, que ya existe cuando yo todavía no existo (existo ya, sin duda, con dos o tres años, para mis padres, pero no para mí), y antes de tener noticia alguna de mí mismo, conciencia de mí mismo, la realidad parece dar un paso, tenderme la mano para que yo -o mejor, ese *garabato del ser* que aún no soy- tropiece buenamente con ella y pase, sin sentir, a ser real.

OBRA COMPLETA, Tomo II
Pre-textos, Valencia, 1992